

Vicente Leñero



Pueblo rechazado

[Obra en cuatro tiempos]

Personajes: PRIOR

ANALISTA

OBISPO

CARDENAL 1

CARDENAL 2

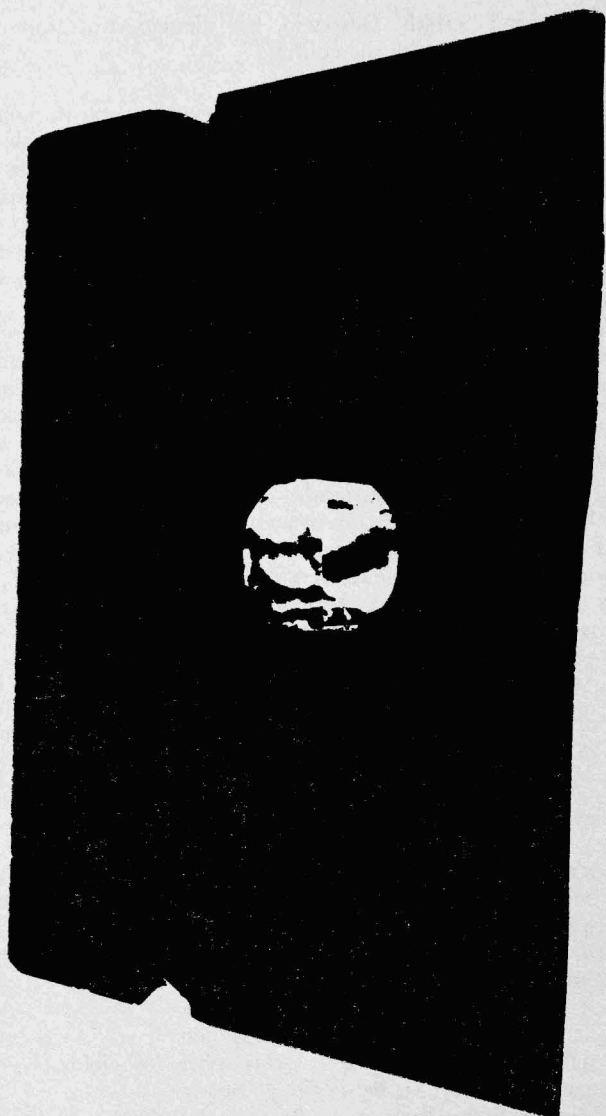
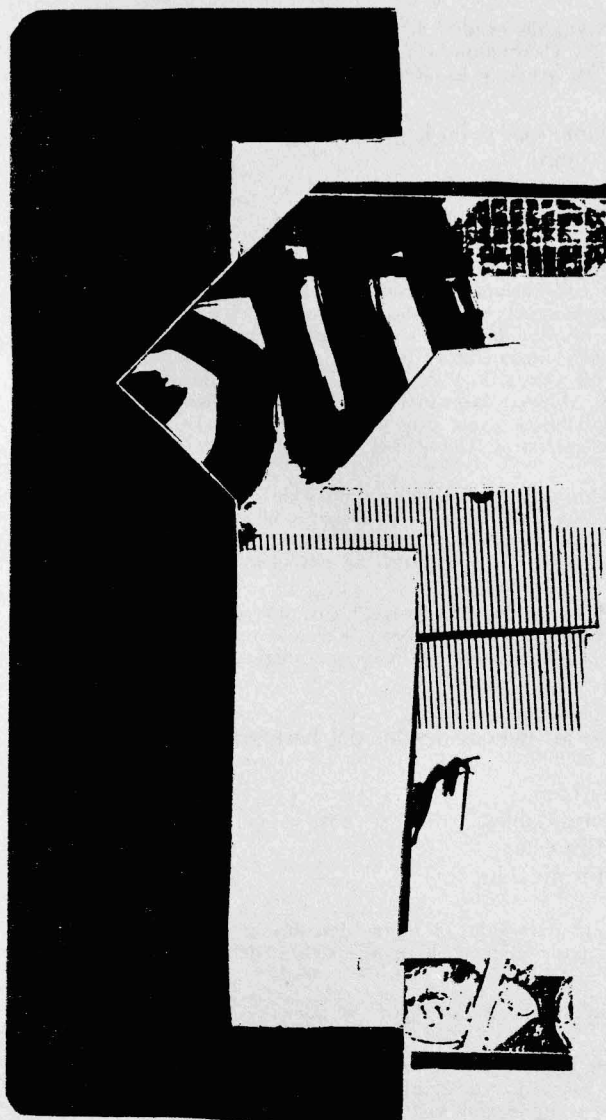
CARDENAL 3

CORO DE MONJES

CORO DE CATOLICOS

CORO DE PERIODISTAS

CORO DE SICOANALISTAS



Dibujos de García Ponce



Primer tiempo

Una luz vertical incide sobre una sobria mesa de madera que hace las veces de escritorio y altar, y que ocupa, durante toda la obra, el centro del escenario. El resto permanece a oscuras.

Fuera de escena, el CORO DE MONJES entona, en gregoriano:

CORO DE MONJES: Gloria a ti Padre por tu Hijo, en el Espíritu Santo. Ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

Después de un largo silencio, entran sigilosamente en el escenario —ahora en penumbra— los miembros del CORO DE CATÓLICOS. A la manera de un guía, un sacerdote los conduce.

SACERDOTE: Shhhh. Despacio. En silencio. Entramos en el sagrado monasterio de la colina.

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhh.

SACERDOTE: Ésta es la casa de un selecto grupo de hombres que para ser fieles a Dios, para mejor servirle y alabarle, han renunciado a todos los placeres del mundo. La más perfecta vida espiritual se vive aquí... Aquí se han gestado grandes iniciativas teológicas y grandes renovaciones litúrgicas. Aquí el arte religioso ha alcanzado expresiones sublimes. Miren los cuadros, observen las imágenes, la capilla, el altar. Han suprimido todo lo superfluo para dejar únicamente la sustancia... Y aquel cristiano que sediento de una vida más auténtica se llega al monasterio en busca de orientación, no regresa al mundo defraudado; aquí recibe la respuesta que disipa sus dudas, el consejo que impulsa su fe, el ejemplo que fortalece su esperanza... No imaginen hombres débiles; los monjes son almas templadas en la fragua del ascetismo. No viven de limosnas. Ellos mismos se ganan el pan trabajando la tierra, cultivando los huertos, fabricando imágenes. La oración y el trabajo son sus leyes, y la piedad y la sabiduría sus virtudes. Varones santos elegidos por Dios para iluminar nuestro mundo de tinieblas... Demos gracias por este monasterio. Mientras exista, podemos estar seguros de que el Señor vive entre nosotros.

Mientras el sacerdote hablaba, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se han dispersado por el escenario observándolo y examinándolo todo con admiración y respeto. Interrumpen sus cuchicheos cuando al fondo, semicultos en la penumbra, se perfilan el PRIOR y el CORO DE MONJES. Entre ellos mismos, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se ordenan silencio y vuelven a reunirse en grupo. En melodía gregoriana, el CORO DE MONJES entona el salmo:

SOLISTA DEL CORO: Obras todas del Señor.

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor. Alabadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos.

SOLISTA: Angeles del Señor,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Cielos,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Aguas todas que estáis sobre los cielos,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Sol y luna,

CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

SOLISTA: Estrellas del cielo,
CORO DE MONJES: Bendecid al Señor.

Al terminar el salmo, los monjes permanecen al fondo, en la penumbra, mientras el PRIOR avanza hacia el CORO DE CATÓLICOS.

CORO DE CATÓLICOS: [*Avanzando hacia él, efusivos.*] Dios lo bendiga, padre. Dios lo premie. Ha realizado usted una obra maravillosa. Su monasterio es una escuela de fe. Una fuente de espiritualidad. De sabiduría. De gracia. Dios lo bendiga, padre.

El PRIOR trata de evadir, de frenar de algún modo el entusiasmo del CORO DE CATÓLICOS. Cuando va a retirarse, un muchacho se desprende del grupo y le cierra el paso.

JOVEN: Dígame qué debo hacer para ingresar en el monasterio. ¡Quiero ser monje!

PRIOR: No es tan fácil como supones...

JOVEN: ¡Quiero ser monje!

Algo va a añadir el PRIOR, cuando fuera de escena comienza a escucharse una risa burlona que rápidamente va subiendo de tono hasta irrumpir en violentas carcajadas. El PRIOR y el CORO DE CATÓLICOS vuelven la mirada hacia el sitio de donde parece provenir la risa. Ésta prosigue, incontenible, mientras desconcertados, temerosos, los miembros del CORO DE CATÓLICOS, incluyendo al muchacho, huyen lentamente. Al cesar las risotadas, el PRIOR se vuelve hacia el sitio donde se hallaba el joven, pero ya no lo encuentra. Cabizbajo regresa al fondo del escenario. También el CORO DE MONJES ha desaparecido.

Ahora son visibles, en penumbra, una serie de celdas y otras breves áreas del monasterio. El prior se dirige a ellas. Entra en la primera área donde un monje lee, atentamente, un grueso libro. El PRIOR se aproxima pero el monje no se da por observado.

Prosigue el recorrido del PRIOR. Entra en un taller donde varios monjes trabajan activamente, con herramientas de carpintería y herrería, en la elaboración de imágenes religiosas. El PRIOR examina un cuadro.

MONJE: Son los nuevos diseños del hermano. ¿Qué le parecen, padre?

PRIOR: Muy bien.

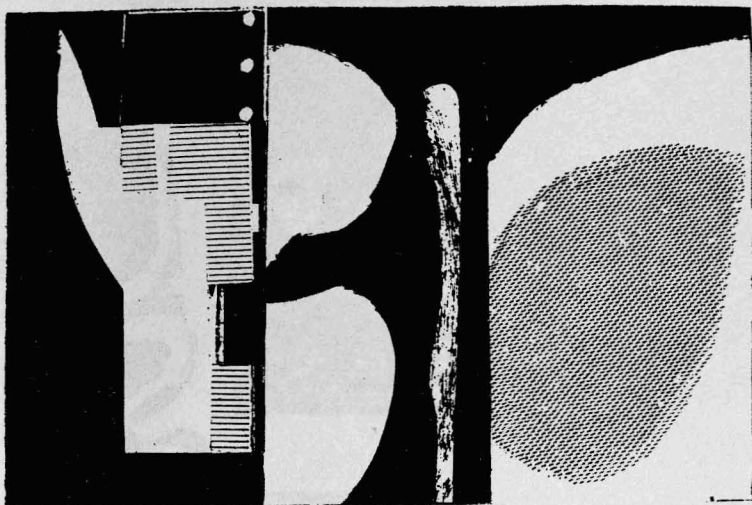
MONJE: Formidables, ¿no? Se van a vender mejor que las medallas. Mire éste.

PRIOR: Sí, formidables.

Al entrar en una celda, el PRIOR descubre a un monje ovillado en el suelo en posición fetal. El monje solloza débilmente.

PRIOR: ¿Qué ocurre?... ¿Qué te pasa?

No obstante que el PRIOR repite sus preguntas y trata incluso de levantar o hacer reaccionar al monje, éste no responde. Mantiene su posición y prosigue con sus sollozos. El PRIOR abandona la celda, pero se detiene meditando a poca distancia. Con un cesto bajo el brazo y silbando alguna tonada popular, otro monje cruza frente al PRIOR.



MONJE: ¿Ya vio qué aguacates se están dando este año, padre? Ahora sí parece que la providencia va a tratarnos muy bien. La huerta está cuajada, cuajada.

El PRIOR responde con un vago ademán de aprobación mientras el monje se retira silbando. Los sollozos del monje de la celda se acentúan.

El PRIOR se detiene frente a un área donde un monje conversa con su madre.

MADRE: ¿Duermes bien, hijito? ¿Te dan bien de comer?

MONJE: No te preocupes por mí. Aquí he descubierto mi verdadera vocación.

MADRE: ¿No has estado enfermo? ¿Te trata bien el padre?

MONJE: Es un santo.

MADRE: Cuidate mucho, hijito; te veo más delgado y más ojoso. No exageres las penitencias, y acuérdate: si algún día quieres irte dímelo sin miedo, yo vendré por ti.

Tendido en el catre de una celda, un monje dormido se convulsiona como si fuera víctima de terribles pesadillas. El PRIOR se aproxima hasta el catre y trata de despertarlo.

MONJE: No no, por favor. No.

PRIOR: Despierta.

MONJE: No. No. No.

PRIOR: ¡Despierta!

El monje se despierta al fin, pero al descubrir la presencia del PRIOR su alteración se reaviva.

MONJE: Era usted. Lo vi. Traía una antorcha en la mano y prendía fuego a mi cama. Lo vi. Era usted. Quise detenerlo, pero no pude. Me arrojé la antorcha. Las llamas encendieron la celda... Salían por la ventana. Lo quemaban todo, todo. Y usted continuaba en medio del fuego, ardiéndose... Era horrible porque reía, reía y yo gritaba, y usted reía, reía, reía, reía... PRIOR: Olvídalo. Sólo fueron pesadillas.

El PRIOR trata de serenar al monje con un ademán paternal, pero éste lo esquiva rápida, automáticamente.

MONJE: ¡No me toque! [*Reaccionando, arrepentido.*] Perdón, padre. Perdóneme.

PRIOR: Sólo fueron pesadillas.

Cuando el PRIOR cruza por el centro de un área correspondiente a la biblioteca del monasterio, dos monjes leen, en voz alta y con acentos gregorianos, los textos de sendos libros.

MONJE 1: Así como hay un celo de amargura malo, que separa de Dios y conduce al infierno, así también hay un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna.

MONJE 2: Quien quiera pues que te apresuras por llegar a la patria celestial, practica con la ayuda de Cristo esta mínima regla de iniciación, y entonces finalmente llegarás con la protección de Dios a las cumbres más elevadas de doctrinas y virtudes.

Al entrar en la última celda, el PRIOR descubre en la penumbra a dos monjes sospechosamente abrazados. Uno de ellos se vuelve, y al ver al PRIOR sale corriendo. El otro permanece inmóvil durante se-

gundos. Luego cae súbitamente de rodillas y con el puño cerrado se golpea el pecho repetidas veces.

MONJE: Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí. Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR: Basta.

MONJE: Señor, pequé, ten misericordia de mí.

PRIOR: ¡Basta he dicho!

El monje se arroja a los pies del PRIOR.

Al llegar al centro del escenario, el PRIOR se apoya en el escritorio-altar y hiende la cabeza, atribulado. No repara en el monje que segundos después llega hasta el lugar y en un minúsculo florero (único objeto que se encuentra sobre el escritorio-altar) introduce una rosa y se retira.

A coro, desde sus respectivas celdas totalmente a oscuras, los monjes entonan en gregoriano:

SOLISTA: Ten misericordia de mí, ¡oh Dios!

CORO DE MONJES: Ten misericordia de mí, porque a ti he confiado mi alma.

Me ampararé a la sombra de tus alas mientras pasa la angustia.

Invocaré al Dios altísimo,

al Dios que siempre me favorece.

Y él enviará desde los cielos quien me socorra y confunda al enemigo que me acosa.

Enviará Dios su misericordia y su bondad.

Relámpagos luminosos invaden el escenario. Círculos y figuras cromáticas danzan en torno al prior quien encandilado trata de seguir las moviéndose en todas direcciones. La sorpresa, el pánico y la alegría se reflejan alternativamente en su actitud. Finalmente parece entrar en un arrebató místico.

PRIOR: [*Gritando.*] Dios mío. Dios mío, ¿por qué no me hablas ahora?

Mientras prosigue el juego de luces, se escucha, violenta, la risa burlesca de la primera escena.

PRIOR: Habla, Señor. Tu siervo escucha.

Entre el fenómeno luminoso, se perfila borrosamente la figura del ANALISTA. El PRIOR creará ver en él —aterrado— un ser sobrenatural, diabólico.

ANALISTA: No es Dios, imbécil, es su ojo enfermo el que lo turba.

CORO DE MONJES: No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR: ¿Quién me llama?

ANALISTA: Nadie lo llama, ¡despierte!

PRIOR: Es él. Es su voz. Es su acento.

CORO DE MONJES: No lo oigas. No le hables. No lo recibas en tu casa.

PRIOR: Nuevamente tú. Me has encontrado al fin. De nada me ha servido cruzar el mar, atravesar fronteras, esconderme en el último rincón de la noche. ¿Qué quiere de mí?

CORO DE MONJES: Huye. Retírate. Escóndete.

PRIOR: ¿Qué quieres de mí? Por qué no me dejas en paz en mi monasterio, con mis hermanos, con mis oraciones, con mi



trabajo. Qué quieres. Qué deseas. Habla. Te lo exijo. ¡Te lo exijo!

ANALISTA: Si en realidad quiere enfrentarse al diablo, búsquelo en el fondo de usted mismo y lo encontrará. En el fondo de usted mismo. En el fondo del prójimo. En el fondo de las cosas. En el fondo de todo.

CORO DE MONJES: Huye. Retírate. Escóndete.

ANALISTA: Responda: ¿Las tinieblas están en el fondo de la luz?

CORO DE MONJES: Huye...

ANALISTA: ¿El frío en el fondo del calor?

CORO DE MONJES: Retírate...

ANALISTA: ¿El silencio en el fondo del ruido?

CORO DE MONJES: Escóndete...

ANALISTA: ¿Lo insípido en el fondo del sabor? ¿El enemigo en el fondo del amigo?... ¿La ignorancia está en el fondo de su conocimiento? ¿El odio está en el fondo de su amor? ¿La muerte está en el fondo de toda vida?

PRIOR: ¿Qué debo hacer para vencerte?

CORO DE MONJES: Huye huye huye huye huye huye

ANALISTA: Escrito está: si tu ojo te escandaliza, ¡arráncalo!

En medio aún de los fenómenos cromáticos, el PRIOR regresa al escritorio-altar. Allí se lleva una mano al ojo y encaja en él sus uñas. Emite un grito desgarrador.

Cesan los artificios cromáticos y una luz de día ilumina todo el escenario. Mientras el PRIOR permanece frente al altar, de pie, plegado sobre sí mismo, el ANALISTA —ahora perfectamente visible— recorre las áreas del monasterio. Los monjes que vimos durante la visita del PRIOR no han variado sensiblemente de postura. Todos observan atemorizados al ANALISTA quien efectúa un rápido recorrido moviendo negativamente la cabeza. Regresa hasta el escritorio-altar.

ANALISTA: A pesar de sus slogans publicitarios y de lo que dicen por ahí sus amigos católicos, esto no parece tener nada que ver con la casa de Dios, padre... Confío en que ahora ya puede distinguir con claridad, libre de ese ojo enfermo, lo que es realmente su monasterio. Una cueva de leprosos; un refugio de histéricos, de fanáticos, de homosexuales...

PRIOR: [irguiéndose, violento] ¡Y de hombres que buscamos a Dios!

ANALISTA: Que se lo inventan, para huir de sus problemas. Rebaño de eunucos, en el peor sentido de la palabra.

PRIOR: Hay eunucos, dice Mateo, que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que así mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos.

ANALISTA: Dudo mucho que alguno de éstos lo sea por amor al reino de los cielos... Perdóne si lo ofendo, pero quería conocer mi opinión y este es mi diagnóstico. Usted es libre de seguir engañándose y engañándolos.

PRIOR: Son treinta años de lucha. Treinta años. Toda mi vida buscando, buscando, buscando... Desde muy pequeño emprendí el camino. Dejé padres, familia, hogar. Soñaba con ser misionero y morir como un mártir en tierra de paganos, pero muy temprano aprendí que el verdadero martirio se alcanza todos los días, viviendo. En ningún lugar encontraba mi sitio, en ninguna fuente saciaba mi sed. Busqué aquí, busqué allá, siempre rebelde a las respuestas fáciles. Quería saber, penetrar la verdad, desgajarla... Necesitaba construir de nuevo la torre de Babel y cavar a gritos el cielo... Fue largo y penoso el camino hasta

la colina. Pero llegué. Llegué al fin y con estas manos consagradas que habían arañado el misterio, que se habían crispado frente al enemigo, que bendecían el pan de todos los días, construí la torre de Babel. Yo solo, terco, infatigable y soberbio levanté la casa del Señor. Esta casa.

ANALISTA: Muy conmovedor, padre.

PRIOR: Y ahora oigo decir que es simplemente una cueva de leprosos, un manicomio.

ANALISTA: Ésa es mi opinión.

PRIOR: Ésa es la verdad. En eso está a punto de terminar la obra de toda mi vida... Leprosario. Manicomio. De qué me vale negarlo. La nave se hunde. Mi búsqueda naufraga... ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hice mal? ¿En dónde estuvo el error? ¿Fue mi necedad? ¿Fue mi orgullo? ¿Fue mi pecado de soberbia?

ANALISTA: Fue su ceguera.

PRIOR: Pero ya no estoy ciego. Ya no lo estoy. He arrancado el ojo que me escandalizaba.

Hacia el final del diálogo anterior, los monjes que ocupaban las distintas áreas del monasterio salen lentamente de ellas y se congregan próximos al escritorio-altar. Sobre los últimos parlamentos, al principio en voz muy baja y luego en tono ascendente, entonan en gregoriano su lamento.

CORO DE MONJES: Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad...

PRIOR: ¡Ya no estoy ciego, hermanos! ¡He arrancado el ojo que me cegaba! ¡Ya no estoy ciego!

Los monjes prosiguen con sus lamentos.

ANALISTA: Solicitan su auxilio.

PRIOR: Yo soy el primero que lo necesita.

ANALISTA: ¿El de su Dios no le basta?

PRIOR: Necesito el de usted. Para llegar a Dios necesitamos ahora el auxilio de usted. Por eso lo he llamado.

El PRIOR se dirige a sus monjes. Cesan los lamentos.

PRIOR: Para penetrar en Dios, tenemos antes que penetrar en nosotros mismos, hermanos. Para dialogar con el padre tenemos que seguir el camino del Hijo que se encarnó en nuestra piel. Tomar su cruz y renunciar a todo. Renunciar al tesoro de nuestro miedo. Renunciar al consuelo de nuestro masoquismo. Renunciar al refugio de nuestra humildad. Renunciar al escudo de nuestra pureza, de nuestra obediencia, de nuestra mansedumbre. Renunciar incluso, si fuera preciso, a nuestra amada renuncia al mundo, hermanos.

CORO DE MONJES: Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos. Ayúdenos.

PRIOR: Lo necesitamos.

ANALISTA: Tal vez me necesita su vanidad.

PRIOR: Ayúdenos a renunciar a nuestra vanidad.

ANALISTA: No es fácil. No sería nada fácil para ustedes... Se equivoca si cree ver en mí quien lo sustituya en su papel de padre de estos huérfanos. Yo no vendría a trabajar por su causa. No creo en su Dios ni creo en su magia... Vendría a dejarlos más huérfanos aún... ¿Comprende cuál es el riesgo?

PRIOR: Acepto el riesgo.

ANALISTA: No, no comprende... Mis herramientas, el espejo que yo pondría frente a ustedes es capaz de ahuyentar todo lo

que puebla esta casa... En menos tiempo del que supone podría quedarse sin un solo monje, padre.

PRIOR: De qué nos vale ser eunucos si no lo somos por amor al reino de los cielos.

ANALISTA: Confía demasiado en su fe.

PRIOR: Mi fe es una búsqueda que no puede frenarse, que no tolera miedos, que no acepta derrotas... Necesito saber, bajar al fondo de mi propio infierno y enfrentar la verdad, cualquiera que ésta sea.

ANALISTA: Magnífico. Usted lo ha querido así. ¡Destruyamos el templo!

El PRIOR queda solo frente al escritorio-altar. Fuera de escena se escucha al CORO DE MONJES.

SOLISTA: Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios, de manera que pueda anunciar dignamente tu santo evangelio.

CORO DE MONJES: Danos Señor tu bendición.

SOLISTA: El Señor sea con ustedes.

CORO DE MONJES: Y con tu espíritu.

SOLISTA: Continuación del santo evangelio según San Lucas.

CORO DE MONJES: Gloria a ti, Señor.

SOLISTA: Y entrando Jesús atravesó Jericó. Había allí un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos, y rico. Hacía por ver a Jesús, pero a causa de la muchedumbre no podía, porque era de baja estatura. Corriendo adelante se subió a un sicomoro para verle, pues había de pasar por allí. Cuando llegó a aquel sitio, levantó los ojos Jesús y le dijo: Zaqueo, baja pronto porque hoy me hospedaré en tu casa. Él bajó a toda prisa y lo recibió con alegría. Viéndolo, todos murmuraban de que hubiera entrado a alojarse en casa de un hombre pecador. Zaqueo, en pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo. Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham; pues el hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido.

En el centro del escenario en penumbra, el PRIOR realiza en voz alta su meditación.

PRIOR: Jesús, siempre he sentido simpatía por Zaqueo: No porque yo fuera pequeño, sino por su testarudo deseo de verte. Se dice que soy terco. Sin duda es verdad, y eso me ha causado muchos disgustos. Pero espero que mi terquedad, y muy especialmente mi obstinación en verte, en encontrarte, tendrá también buenos resultados. Jesús, yo estaba en medio de la muchedumbre: la muchedumbre de mis hermanos, la muchedumbre de mis amigos y conocidos, la muchedumbre de todos los que me rodeaban. Estaba en medio de la muchedumbre y sentía que ésta me impedía verte. No porque fuera pequeño, sino porque me creía pequeño. No sé si en tu tiempo se fijaban en eso, pero en nuestros días eso se llama complejo de inferioridad. Tal vez tu lo llamarías humildad. Me creía pequeño y, sin embargo, quería verte, quería encontrarte. Como Zaqueo, quise hacerme grande. Él subió a un sicomoro. Yo, aunque hubiera subido a cualquier otro árbol, nada habría conseguido. Tenía necesidad de una altura que no se mide en metros, tenía necesidad de una altura que se mide en confianza. Por eso dejé la muchedumbre; la muchedumbre de mi familia, la muchedumbre de mis amigos, y me fui a un alto lugar, a una montaña. Jesús, yo te buscaba en aquella montaña; Jesús, yo te he buscado en este monasterio, en esta montaña. Treinta años viviendo arriba del sicomoro. Y creía haberte encontrado. Creía que tú también vivías aquí y que yo vivía en tu compañía. Lo creía porque estaba subido en lo más alto posible, porque era terco. Ahora me ven sentado encima de la muchedumbre, encima de mis nuevos hermanos, encima de las multitudes que me rodean. Ahora ya no me siento pequeño, me siento grande. Eso se llama un sentimiento de superioridad. Tal vez tú lo llamarías orgullo, no sé si es lo mismo. Pero importa poco; estoy en mi monasterio, estoy trepado en mi sicomoro para verte... y tú no estás conmigo. ¿En dónde estás, Jesús? Responde. Tu silencio me inquieta. Treinta años en el monasterio, treinta años sobre el sicomoro es largo tiempo. Me parecía corto porque te creía cerca de mí, pero ahora no te veo. ¿Era una ilusión?, ¿era un espejismo? Jesús, tu silencio me da vértigo. Voy a caer. Responde. Dime que estás cerca. Dime que no en vano, durante treinta años, he permanecido en equilibrio sobre el sicomoro...



Segundo tiempo

El centro del escenario, el área que ocupa el escritorio-altar, se encuentra a oscuras. Un grupo de monjes se dirige hasta una plataforma circular en donde los aguarda el ANALISTA. Cuando ha ocupado en ella sus lugares, la plataforma comienza a girar. Tal vez se escuchan gemidos, murmullos, sollozos, mientras fuera de escena, un sector del CORO DE MONJES entona un salmo en gregoriano.

CORO DE MONJES: El Señor me apacienta, nada me falta,
en verdes prados me hace recostar.
Me conduce a las aguas donde descanse;
restaura mi alma.
Me guía por senderos rectos
por amor a su nombre.
Aunque camine en valle tenebroso
no temeré mal alguno porque tú estás conmigo.

Al primer grupo de monjes en la plataforma suceden otros. Como si fuera un carrusel, los monjes suben, giran y descienden. El ANALISTA permanece siempre arriba.

A poco tiempo de iniciarse la acción, el CORO DE PERIODISTAS y el CORO DE CATÓLICOS han entrado en escena; los primeros corriendo y dispersándose, con curiosidad febril, rumbo a todas partes. Integran el CORO DE PERIODISTAS un grupo de reporteros y fotógrafos que durante toda la escena desarrollan gran actividad. Los fotógrafos van de uno a otro sitio disparando sus cámaras sobre los monjes, sobre el analista, sobre algunas celdas, sobre el CORO DE CATÓLICOS. Libreta en mano, los reporteros registran y examinan el sitio. El corre y corre de unos y otros mantiene un ritmo aceleradísimo.

CORO DE PERIODISTAS: [*desde su aparición*] ¡Noticia, noticia!
El psicoanálisis ha entrado en el monasterio. ¡Insólito! ¡Increíble!
¡Extraordinario! ¡Noticia!, ¡Noticia! ¡Ahora un siquiatra confiesa a los monjes!
¡Indaga su vocación! ¡Explora sus sentimientos! ¡Noticia! ¡Noticia!

Ante la actividad desarrollada por el CORO DE PERIODISTAS, los miembros del CORO DE CATÓLICOS se observan entre sí, desconcertados. Cuchichean como quienes se ponen de acuerdo.

CORO DE PERIODISTAS: [*hacia el de católicos*] ¿Qué opina la Iglesia? Queremos saber qué opina la Iglesia. Necesitamos orientar a nuestros lectores. Es nuestro deber. ¿Qué opina la Iglesia?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Consideran peligrosa la experiencia?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Saludable?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Prohíbe la Iglesia el psicoanálisis?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Van a contratar siquiátras para todo el clero?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhhhhhhhh.

REPORTERO: ¿Es cierto que el Vaticano no ha dado su autorización?

CORO DE CATÓLICOS: Shhhhhhhhhhhhhhhhh.

Del CORO DE CATÓLICOS se desprende un sacerdote. Tal vez el mismo del primer acto.

SACERDOTE: Es inevitable. Llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE CATÓLICOS: Sí, llegó el momento de romper el silencio.

CORO DE PERIODISTAS: Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar.

Reporteros y fotógrafos (los fotógrafos disparando sus cámaras) corren hacia el CORO DE CATÓLICOS. Los cercan.

SACERDOTE: Dios quiera iluminar nuevamente con su gracia el alma de los monjes, para que retomen la senda perdida.

CORO DE CATÓLICOS: Dios tenga misericordia del prior.

CORO DE PERIODISTAS: Van a hablar. Van a hablar. Van a hablar.

SACERDOTE: [*después de imponer silencio. Doctoral*] Los criterios infalibles de la Iglesia no admiten discusión. En el diccionario de teología moral, publicado en 1952, el cardenal Felici declara: Difícilmente podemos excusar de pecado mortal a quien libre y conscientemente adopta y se somete al psicoanálisis.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Oooooooooohh!

CORO DE CATÓLICOS: Pecado mortal. Pecado mortal. Condena-ción eterna.

CORO DE PERIODISTAS: [*reaccionando*] Pero es sólo una opinión. La opinión de un cardenal. Han transcurrido diez años. La Iglesia ha rectificado.

SACERDOTE: ¡La Iglesia nunca rectifica! El 16 de julio de 1961, el Santo Oficio dictó un múnitum que sabia y enérgicamente con claridad meridiana, condena las experiencias del monasterio... [*Leyendo*] Hay que reprobear, dice el múnitum, la opinión de aquellos que pretenden que una formación psicoanalítica preceda a la recepción de las órdenes sagradas.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: O que los candidatos al sacerdocio o a la profesión religiosa deban someterse a exámenes e investigación psicoanalíticas propiamente dichas.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: Lo que vale también si se trata de asegurarse de la aptitud requerida para el sacerdocio o la profesión religiosa.

CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: Asimismo, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas no pueden consultar a psicoanalistas sin el permiso del Ordinario o por una causa grave.

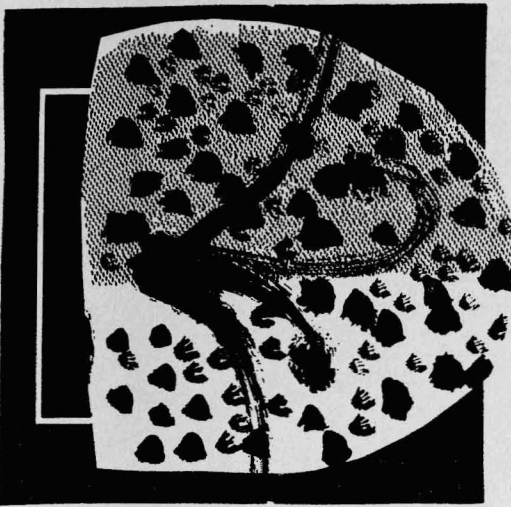
CORO DE PERIODISTAS: ¡Ooooooh!

SACERDOTE: [*deja de leer*] Por este motivo, porque el prior no ha acatado las disposiciones del Santo Oficio, y por otros graves cargos que pesan contra él desde la fundación del monasterio, el Santo Oficio ha iniciado un proceso en su contra. ¡El juicio de la Iglesia será el juicio de Dios!

CORO DE PERIODISTAS: ¡Noticia! ¡Noticia!

CORO DE CATÓLICOS: ¡Dios tenga misericordia del prior! ¡El Espíritu Santo le infunda la gracia del arrepentimiento!

CORO DE PERIODISTAS: ¡Noticia! ¡Noticia! ¡Noticia!



El PRIOR irrumpe en el escenario. Violento, colérico, se arroja contra el CORO DE PERIODISTAS y el CORO DE CATÓLICOS. Los dos grupos se dispersan. Éstos huyen. Aquéllos tratan de entrevistarle, de tomarle fotografías. El corre y corre es general.

PRIOR: [arremetiendo] ¡Raza de víboras! ¡Necios! ¡Hipócritas! ¡Sepulcros blanqueados!

REPORTERO: ¿Qué opina del mánitum?

PRIOR: [colérico siempre] ¡No he desobedecido! En este monasterio yo soy la autoridad... ¡Fuera de mi casa!

REPORTERO: ¿Piensa salir absuelto del proceso?

OTRO REPORTERO: Según el mánitum, sólo por una razón grave se puede recurrir al psicoanálisis.

PRIOR: El equilibrio síquico siempre es razón grave, ¡estúpido!

REPORTERO: Pero no está permitido imponerlo como condición.

OTRO REPORTERO: Usted obliga a sus monjes a psicoanalizarse.

PRIOR: Yo no obligo a nadie. Ni ustedes ni el Santo Oficio saben una palabra de psicoanálisis... ¡Largo de aquí! ¡Fuera de mi casa, cobardes, ignorantes, fariseos, hipócritas, borregos, raza de víboras! ¡Nada podrán contra mí! ¡Algún día vendrán a suplicarme consejo! ¡Y me llamarán reformador! ¡Invocarán mi nombre entre los grandes innovadores de la Iglesia!... Yo abriré nuevos caminos a la fe. ¡La teología y la ciencia bendecirán mi nombre!... ¡Fuera, serpientes! ¡Fuera! ¡Soy un aventurero de Dios!... ¡Mi obispo está conmigo!

Todos los miembros del CORO DE PERIODISTAS y del CORO DE CATÓLICOS han desaparecido. También los monjes y el ANALISTA. El PRIOR se encamina hasta el escritorio-altar. A su cólera sucede el abatimiento. Se hunde en reflexiones y tarda en descubrir la presencia del OBISPO.

PRIOR: [antes de reparar en el OBISPO] Mi obispo está conmigo...
OBISPO: Y lo estoy en Cristo, padre... aunque personalmente me sea difícil entender y medir los alcances de su experiencia, aunque aún no pueda advertir los frutos, aunque considere peligroso su camino... Estoy con usted porque pienso que debemos abrirnos a toda inquietud, a toda búsqueda, a toda nueva aportación científica, a todo diálogo, a toda opinión. Porque aquel que se esfuerza en penetrar los secretos de las cosas y de los seres, es llevado por la mano de Dios, aun cuando no tenga conciencia de ello... [Bondadosamente irónico] Confío en su aventura, aventurero de Dios.

PRIOR: La humildad nunca ha sido mi virtud predilecta.

OBISPO: Lo han sido la esperanza y la fe.

PRIOR: [exaltándose poco a poco] La nave se hundía, monseñor. Yo les di un techo y un rumbo a los que llegaron a mí y no podía abandonarlos en el desastre. Necesitaba encontrar un remedio y lo encontré. El análisis ha sido el más feliz de mis descubrimientos. El milagro de Jericó, ¿recuerda? ¡Señor, hijo de David, ten piedad de nosotros!, gritaban los ciegos. Jesús les preguntó: ¿Qué quieren que haga? Señor, que se abran nuestros ojos... Ningún retiro, ningún examen de conciencia había logrado abrirme los ojos a tal punto. Yo era un intelectual frío, voluntarioso, autoritario. El análisis me modificó radicalmente. Ya no busco hacerme temer, sino hacerme amar... Y mis hermanos. Mire usted a mis hermanos. Mire usted a los monjes. El análisis ha purificado su fe, la ha despojado de engaños y de mentiras para dejar solamente lo auténtico... La obediencia conventual ha dejado de ser pasiva, formalista, temerosa, para volverse confiada, inventiva, alegre... Los que

buscaban sólo un refugio, se han marchado convencidos de que no existe refugio alguno que nos defienda contra nosotros mismos. Han regresado al mundo a luchar... Y los que permanecen, los auténticos eunucos por amor al reino de los cielos, son cada día más sanos, más productivos, más felices, más religiosos, más cristianos... Éstos son los frutos, y Roma no quiere verlos. No entiende mis razones.

OBISPO: Las entenderemos todos tarde o temprano. Ahora soplan nuevos vientos sobre la Iglesia.

PRIOR: Pueden ser vientos de tempestad.

OBISPO: Son de caridad y de comprensión. Tenga paciencia. No todos podemos correr al ritmo de su búsqueda... Usted nos lleva diez años de ventaja.

PRIOR: Hace veinticinco que murió Freud.

OBISPO: ¿Y qué son veinticinco años para la Iglesia? La Iglesia es prudente.

PRIOR: ¡Yo también soy la Iglesia!

OBISPO: La jerarquía de la Iglesia es prudente.

PRIOR: No. Es cobarde, es tímida, es perezosa. Se ufana de poseer la verdad y actúa como si nada poseyera, como si cualquier viento nuevo fuera a derribar sus paredes. Cristo las hizo de piedra y ellos las consideran de paja... No tienen fe en su fe. Tiemblan al oír hablar de ciencia y el nombre de Freud los pone histéricos. El Freud que habla del sexo, que les echa en cara su pánico ancestral ante lo que es el germen de la vida, los paraliza... No, monseñor, Roma no es prudente, Roma es cobarde... [abatiéndose] Cobarde como yo lo soy ahora... Discúlpeme, es el miedo el que dicta mis palabras. Tengo miedo de mis jueces, del proceso, de mi futuro.

OBISPO: Cristo lo tuvo ante el calvario.

PRIOR: Y lo crucificaron.

OBISPO: Pero resucitó. No lo olvide, padre. Cristo resucitó.

La oscuridad borra de escena al OBISPO. Una luz vertical se mantiene sobre el PRIOR. El CORO DE MONJES se insinúa al fondo, a medida que una suave penumbra invade el escenario.

SOLISTA DEL CORO DE MONJES: [en gregoriano] Hermanos, os doy a conocer la buena noticia: Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras, y fue sepultado y resucitó al tercer día... Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe... Lo que siembras tú no llegará a tener vida si no muere; y al sembrar no es el cuerpo venidero lo que siembras, sino un grano desnudo... Así también es la resurrección de los muertos; se siembra en deshonor, y resucita en gloria; se siembra en debilidad, y resucita en fuerza; se siembra un cuerpo natural, y resucita un cuerpo espiritual... Palabras de Pablo.

Cuando cesa la voz del CORO, entra el ANALISTA. La escena se desarrolla en la penumbra.

ANALISTA: [ante la depresión que manifiesta el PRIOR] ¿Es en verdad tan decisivo para usted ese proceso?

PRIOR: De su veredicto dependen mi paz y mi futuro.

ANALISTA: Mentira, su paz y su futuro dependen únicamente de usted. A menos que durante todo este tiempo, desde el principio, lo que haya estado buscando sea el aplauso de su Iglesia.

PRIOR: No.

ANALISTA: El título de innovador, el nombre de iluminado.

PRIOR: No.



ANALISTA: O de mártir, que con mucha frecuencia resulta más atractivo... El Galileo del psicoanálisis, el gran visionario incomprendido por su tiempo.

PRIOR: Jamás he buscado glorias ni martirios. Buscaba una solución, un remedio, un camino limpio para mis monjes.

ANALISTA: ¿Está seguro de que solamente eso buscaba?

PRIOR: Usted menos que nadie puede ponerlo en duda.

ANALISTA: Yo acostumbro ponerlo todo en duda, padre, empezando por su fe, por su Cristo, por su Iglesia, por su magia.

PRIOR: Contra esa magia nada puede. Yo mismo nada podría aunque intentara destruirla... Ahora sé que entre más busco, más encuentro; que entre más indago, más descubro; que entre más paredes derribo, más sólida es la casa que levanto. La verdadera magia se halla escondida en el fondo de la magia.

ANALISTA: Eso es muy discutible.

PRIOR: No para quien busca a Cristo.

ANALISTA: Todo el que busca corre el riesgo de encontrar nada al final del camino.

PRIOR: Cuando lo que se busca existe por sí mismo, independientemente de quien busca, no hay ningún riesgo. Ésa es mi fe.

ANALISTA: Posiblemente una fe errónea.

PRIOR: Ninguna fe es errónea.

ANALISTA: Algunos la pierden.

PRIOR: Al que nada tiene, nada se le puede quitar. Usted lo sabe.

Lentamente, durante el diálogo, el CORO DE MONJES ha ido avanzando hasta llegar muy próximo al PRIOR y al ANALISTA.

ANALISTA: [señalando a los monjes] ¿Ellos también lo saben? No parecen muy convencidos de sus malabarismos, *padre... Mírelos.

El PRIOR se vuelve hacia los monjes mientras el ANALISTA desaparece. La luz total ilumina el escenario. Luego de un largo silencio, durante el cual el PRIOR examina al CORO con la mirada, un monje se desprende titubeante del grupo. Avanza con dificultad.

PRIOR: Si quieren decir algo, si tienen algún problema que plantear, hablen, los escucho. Para eso estoy aquí... [al monje que avanza] Sí. Habla. No tengas miedo.

MONJE: [titubeante.] He perdido la fe, padre.

PRIOR: [sonriendo paternal] Tonterías. La fe no se pierde como se pierde un pañuelo.

MONJE: [alzando cada vez más la voz.] He perdido la fe.

PRIOR: Cálmate. Atraviesas por una etapa que todos debemos sufrir y que sufrimos en algún momento. Una etapa muy importante de purificación.

MONJE: [gritando] ¡Le digo que he perdido la fe!

PRIOR: Lo que has perdido es una cáscara que la estorbaba.

MONJE: ¡He perdido la fe! ¡He perdido la fe! Tal vez fuera una cáscara, pero era mía, mi fe. Ridícula, ingenua, estúpida, como quiera llamarla, pero era la fe de mis padres, la de mis hermanos, la de mi familia, la que me trajo aquí para buscar a Dios y a quien he encontrado es a usted que me arrancó la fe. Yo creía en Dios, y en su iglesia, y en sus santos, y sólo necesitaba un lugar donde seguir creyendo en compañía de otros como yo que me ayudaran a creer y a confiar y a vivir. Y usted me obligó a dudar, a desconfiar, a morir. Ahora no tengo nada porque ya no tengo mi fe. ¡Dios lo maldiga!

El MONJE va a emprender la huida, pero el PRIOR lo detiene fuertemente de un brazo.

PRIOR: Escúchame, no te vayas.

MONJE: ¡Suélteme!

PRIOR: Escucha.

MONJE: [forcejeando] ¡Suélteme!

Otro monje se desprende del grupo y corre en apoyo de su compañero.

OTRO MONJE: ¡Suéltelo!

El monje segundo empuja violentamente al PRIOR. El primer monje huye. El segundo reacciona. Retrocede, atemorizado.

OTRO MONJE: Perdón, padre; perdón.

Todo el CORO DE MONJES empieza a retroceder buscando la salida del escenario. El PRIOR avanza hacia ellos mientras habla en tono que trata de ser convincente.

PRIOR: Lo que sembramos no llegará a tener vida si no muere, y al sembrar no es el cuerpo venidero lo que se siembra, sino un grano desnudo... Así también es la resurrección de los muertos; se siembra en deshonor, y se resucita en gloria; se siembra en debilidad, y se resucita en fuerza; se siembra un cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual... Palabras de Pablo a los corintios.

A pesar del intento verbal del PRIOR, el CORO DE MONJES ha salido de escena. El PRIOR regresa, solo, al escritorio-altar.

PRIOR: Treinta años en el monasterio, treinta años sobre el sicomoro es largo tiempo. Me parecía corto porque te creía cerca de mí, pero ahora no te veo, Jesús. Tu silencio me inquieta. Respóndeme. ¿Voy a caer?

VOCES FUERA ESCENA: Zaqueo, Zaqueo, Zaqueo, Zaqueo... Zaqueo, baja pronto...

PRIOR: Sí, te escucho, te escucho... [animándose por la respuesta] Bajo rápidamente, bajo rápidamente porque me llamas, porque has llegado, porque me dices que vas a quedarte en mi casa. Tú no tienes casa, me dices, las raposas tienen su guarida, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza... Pero Jesús, y este monasterio, y esta Iglesia, ¿no son tu casa? ¿Acaso no es lo que me ha sostenido durante toda la vida?, ¿la fe de que vivía en tu casa?... ¡Y me dices ahora que baje, que tú no tienes casa y quieres quedarte en la mía!... En mi casa, ¡pero si es una buena noticia! Conmigo, ¡pero si eso me llena de alegría! ¿Conmigo, en mi casa, tal como es, en medio de la multitud, en medio de mis amigos, en medio de mis hermanos y hermanas? ¿En mi casa donde se trabaja y se juega, en mi casa donde uno pasea y va al cine, en mi casa donde se duerme en buenos lechos, en donde se come buen pan, en donde se bebe buen vino? ¿En mi casa donde la gente se ama y tiene hijos? En mi casa, ¿es ahí donde te quedas?, ¿es ahí donde te veré?... Sí, espera un momento: ahora mismo bajo y te recibo.

CORO DE CATÓLICOS: [como un murmullo, sin que puedan distinguirse claramente las palabras] Soberbio, Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje... Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje...

PRIOR: Escucho ruido. ¿Serán los gritos de bienvenida de la multitud, de mis amigos, de mis hermanos y hermanas?

CORO DE CATÓLICOS: [más fuerte, con mayor claridad] Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje... Soberbio. Blasfemo. Rebelde. Necio. Hereje...

PRIOR: No, es un ruido de voces irritadas. La multitud murmura. ¿Contra quién? ¿Será contra ti porque vas a hospedarte conmigo, con un pecador? ¿No es pecador el monje que baja de su montaña, que se mezcla de nuevo con la muchedumbre? ¿O será contra mí?... ¿Qué he hecho? Te buscaba, oí tu voz y bajé, es verdad, pero estoy dispuesto a dar la mitad de mis bienes a los pobres. A todos estos fariseos que murmuran estoy dispuesto a darles la mitad de lo que soy, estoy dispuesto a amarlos...

Durante todo el parlamento, las voces del CORO DE CATÓLICOS no han cesado de repetir, en un sordo murmullo, su estribillo. Ahora estallan, mientras los miembros del CORO avanzan por la escena en compacto grupo.

CORO DE CATÓLICO: ¡Ha vendido el monasterio al enemigo! ¡Le ha abierto las puertas de su casa! ¡Le ha convidado su pan! ¡Ha compartido su lecho! ¡Ha escandalizado a su pueblo! ¡Ha desobedecido a su Iglesia!

PRIOR: ¡Mentira! ¡No he desobedecido! ¡Puedo demostrarlo!

CORO DE CATÓLICOS: Su negro expediente se halla en Roma.

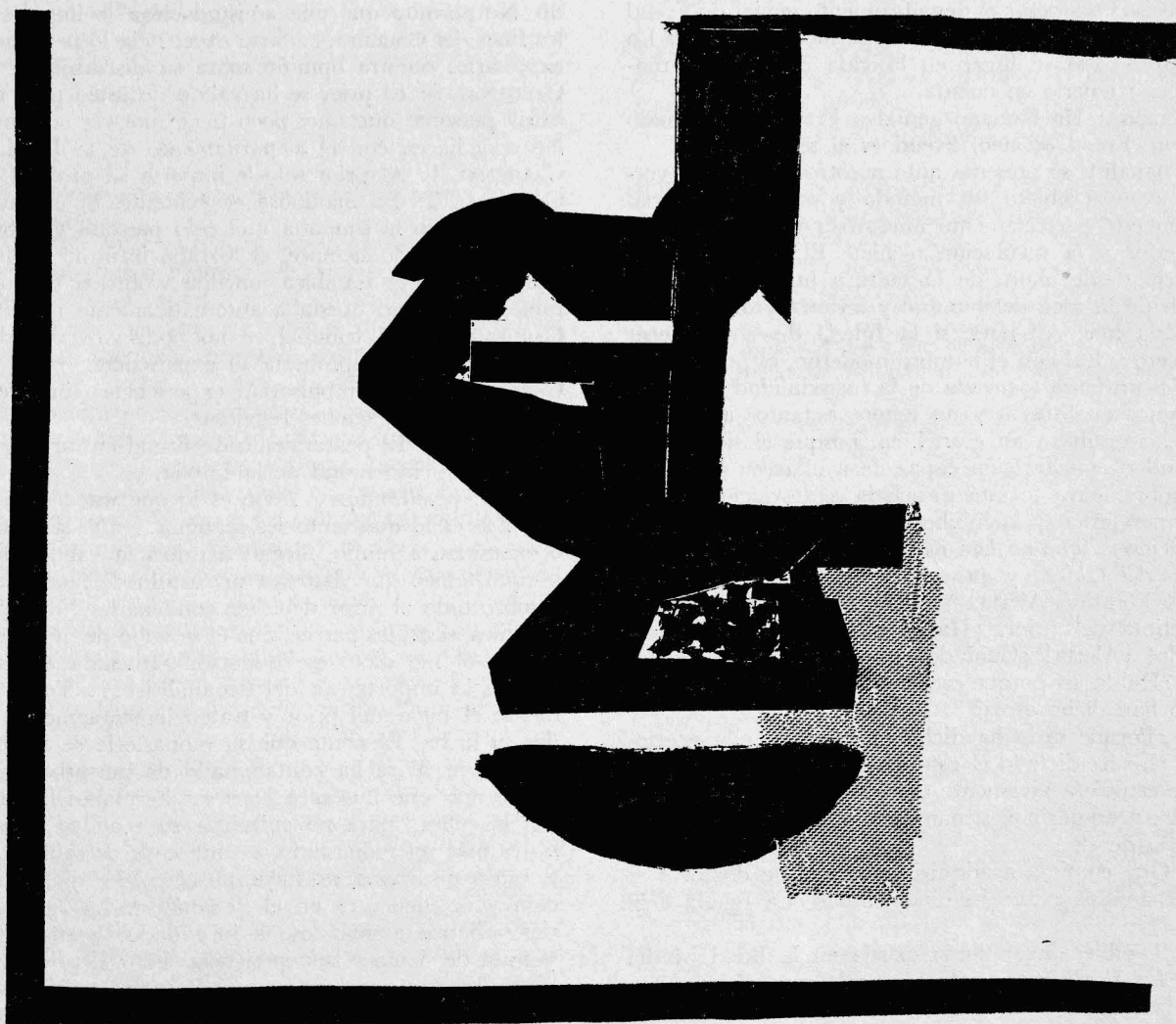
PRIOR: ¡Tengo derecho a defenderme!

CORO DE CATÓLICOS: Graves son los cargos. Fraude. Perversión. Herejía. Blasfemia. Engaño. Escándalo.

PRIOR: ¡Tengo derecho a defenderme!

CORO DE CATÓLICOS: [tronante] Que empiece el proceso. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso. Que empiece el proceso...

PRIOR: [gritando, para hacer oír su voz entre el clamor ininterrumpido del coro] ¡Tengo derecho a defenderme! ¡Tengo derecho a buscar! ¡Tengo derecho a equivocarme!



Tercer tiempo

Al fondo del escenario, en el centro, se desarrolla una asamblea del Concilio Vaticano II. De los asambleístas, sólo son visibles tres cardenales, los tres jueces del PRIOR. El OBISPO habla ante la asamblea. Su voz comienza a escucharse antes de que se ilumine el escenario.

OBISPO: Es inexacto hablar del ateísmo como de una actitud del mundo moderno. Sería más exacto hablar de un modo nuevo de presentar el problema de Dios. De donde sería preciso preguntarse primero, ¿qué es el hombre? Y la respuesta debería ser buscada en una interpretación personalista... [*la luz invade la plataforma donde se desarrolla la asamblea*] Por no formular sistemáticamente esta pregunta, el texto conciliar ha silenciado el problema propio del hombre moderno que atañe profunda y directamente al psicoanálisis.

CORO DE CATÓLICOS: [*pronuncian la palabra, entre murmullos, como si fuera una palabra prohibida*] El psicoanálisis. El psicoanálisis. El psicoanálisis.

OBISPO: Es preciso considerar el descubrimiento genial de Freud a la altura de los descubrimientos de Copérnico y Darwin. Lo inconsciente ha tomado su lugar en la vida del hombre moderno y es preciso tenerlo en cuenta.

CORO DE CATÓLICOS: Ha llamado genial a Freud. Ha llamado genial a Darwin. Freud es ateo. Freud es el sexo.

OBISPO: El psicoanálisis se presenta ante nosotros como una verdadera ciencia, con su objeto, su método y su propia teoría. Que todavía no esté perfectamente maduro, no debe llevarnos a juzgarlo inferior a la revolución técnica. El discurso analítico forma parte desde ahora de la cultura humana; impone una renovación de la idea del hombre y levanta problemas insospechados hasta hoy. Así pues, si la Iglesia desea establecer un diálogo sincero y leal con el hombre moderno, es preciso que abandone su desconfianza —nacida de la incredulidad casi dogmática de algunos analistas— y no ignore a tantos auténticos analistas. De ello resultará un gran bien, porque el psicoanálisis posee una virtud de purificación capaz de ayudar en gran medida a los hombres cuya fe está mezclada a desviaciones psicológicas que la pervierten y la inhiben.

CORO DE CATÓLICOS: [*que no han dejado de murmurar durante la intervención del Obispo y que ahora estallan, en tremendo griterío*] Falso. Mentira. Alerta. No sabe lo que dice. Miente. Delira. Es víctima del prior. ¡Habla para defenderlo! ¡Sólo para defenderlo! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡Peligra la fe!

CARDENAL 1: ¿Habla así porque está convencido de lo que dice o porque se lo han dicho otros?

CARDENAL 2: ¿Porque se lo ha dicho el prior del monasterio?

CARDENAL 3: ¿Le ha dictado él este discurso?

OBISPO: Si no estuviera vivamente convencido de la importancia que empieza a adquirir el psicoanálisis en nuestro mundo de hoy, no hablaría de él.

CARDENAL 1: Que empiece a adquirir, usted lo ha dicho.

OBISPO: El psicoanálisis existe. Es una realidad. La Iglesia debe abordarlo.

CARDENAL 2: También la alquimia existía en la Edad Media.

CARDENAL 3: La Iglesia no puede avalar lo que aún no pasa de ser una experiencia.

OBISPO: La Iglesia debe impulsar las experiencias, fomentarlas y comprender con alegría las aventuras que emprenden sus hijos para descubrir la verdad.

CARDENAL 1: ¿La aventura de ese prior, por ejemplo?

CARDENAL 2: Su gran amigo.

OBISPO: Sí, la aventura de ese prior, mi gran amigo.

CARDENAL 3: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

CARDENAL 2: O para usted, que no le gusta el latín: Platón es mi amigo, pero más amiga la verdad.

OBISPO: Él busca la verdad.

CARDENAL 1: La Iglesia posee la verdad.

OBISPO: No toda la verdad.

CARDENAL 3: El Espíritu Santo asiste y sopla continuamente sobre el trono de San Pedro.

OBISPO: ¡El Espíritu sopla donde se le antoja!

CARDENAL 2: Tenga cuidado, monseñor. Tenga mucho cuidado. No permita que una amistad ciega lo impulse a desvirtuar los fines del Concilio... Si su excelencia lo permite, quisiéramos expresarles nuestra opinión sobre su discurso.

CARDENAL 3: El prior se ha valido de usted para defender una causa personal que muy poco tiene que ver con las constituciones conciliares, con el *aggiornamento* de la Iglesia.

CARDENAL 1: Al prior sólo le importa su proceso.

CARDENAL 2: La maniobra es evidente. Si a través de usted, aprovechando la simpatía y el celo pastoral que Su Excelencia le ha dispensado siempre, él lograba infiltrar sus ideas sobre el psicoanálisis en la asamblea conciliar y obtener una reacción favorable, su proceso quedaba automáticamente resuelto.

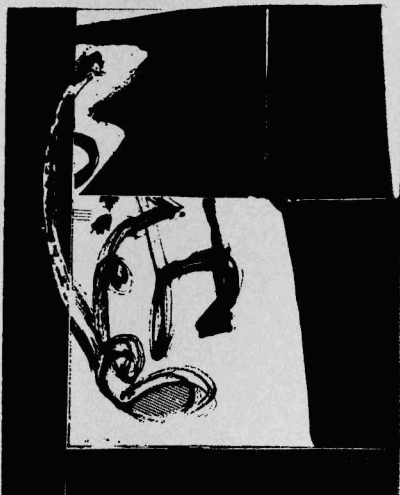
CARDENAL 3: El tribunal ya no podría condenarlo.

CARDENAL 2: Se aprobaría su experiencia.

CARDENAL 1: Se impulsarían experiencias similares en el seno de otras congregaciones religiosas.

CARDENAL 3: El pensamiento de Freud entraría a formar parte del pensamiento moral de la Iglesia.

OBISPO: [*exaltándose*] Y eso es lo que ustedes no pueden tolerar. Eso es lo que tanto les repugna... Ni siquiera lo discuten o examinan a fondo, niegan a priori la validez del psicoanálisis porque temen que destruya su castillo de fantasmas. Ante todo y sobre todo el prior debe ser condenado. No hay más... Admitamos, si así les parece, que él se valió de mí, que de un modo u otro él me dictó ese discurso. ¿Invalida eso su contenido? ¿Niega la importancia del psicoanálisis?... Tomen por un momento el lugar del prior y traten, cristianamente, de comprender su lucha. Él siente que su monasterio se derrumba. Que la vida monacal se ha contaminado de perturbaciones psicológicas y que más que buscar a Dios sus hermanos huyen de él, ocultan la cabeza para no enfrentar su realidad religiosa. Aquello no es más un monasterio, es una casa de salud... El prior no se cruza de brazos, no huye, no cierra los ojos. Busca una solución y la encuentra en el psicoanálisis. La Iglesia lo mira con desconfianza ateniéndose a infundados y anacrónicos temores, y trata de detener la experiencia. Pero el prior no puede detenerse, ha sembrado un grano y frenar de golpe su crecimiento, abortar el fruto, le resultaría un crimen... Recurre entonces a



todas las estrategias legales a que tiene derecho. Solicita mi confianza y yo se la entrego libre y voluntariamente porque reconozco su derecho y porque creo en él. Y me sería muy difícil dejar de creer en un hombre que lucha por continuar su búsqueda dentro de la Iglesia, compréndanlo: siempre dentro de la Iglesia.

CARDENAL 1: Él aprendió desde pequeño que fuera de la Iglesia no hay salvación.

CARDENAL 2: Según lo que usted ha dicho, se podría pensar que es el prior quien hace un favor a la Iglesia al ofrecerle el psicoanálisis.

OBISPO: Piénselo así. No me ha entendido mal del todo.

CARDENAL 3: Pero se podría pensar también —insisto— que en realidad a usted no le interesa defender al psicoanálisis, sino defender al prior.

OBISPO: Salvando a un hombre se salvan sus ideas.

CARDENAL 1: Y se condenan, condenándolo.

CARDENAL 2: Difícilmente se salvará. Ha incurrido nuevamente en desobediencia. Se le prohibió regresar al monasterio, y ha regresado.

El CARDENAL 2 señala hacia un extremo del escenario por donde aparece el PRIOR. Viste con ornamentos de celebrante y se encamina al escritorio-altar en el que todo está dispuesto para la misa. Un grupo de monjes se congrega en torno. Las voces del CORO DE CATÓLICOS, murmurantes, se mezclan con sus primeras oraciones.

CORO DE CATÓLICOS: Regresa. Regresa. El prior regresa al monasterio. Ha desobedecido nuevamente a Roma. Ha huido de sus jueces. Sorprendió al Obispo, pero no sorprendió al Concilio. Menos a su tribunal. El proceso se retarda. El escándalo cunde. Recemos por él.

PRIOR: Gloria a ti Padre por tu Hijo, en el Espíritu Santo.

CORO DE MONJES: Ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

PRIOR: Subiré al altar de Dios.

CORO DE MONJES: Del Dios que es la alegría de mi juventud.

PRIOR: Júzgame tú, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada. Librame del hombre inicuo y engañador.

CORO DE MONJES: Pues tú eres, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado, y por qué he de andar triste mientras me aflige el enemigo?

PRIOR: Envíame tu luz y tu verdad. Ellas me han conducido a tu monte santo y a tus tabernáculos.

CORO DE MONJES: Y me acercaré al altar de Dios. Del Dios que es la alegría de mi juventud.

Mientras el prior inicia la celebración de la misa (celebración que no se interrumpe en todo el transcurso del acto y que se lleva a cabo paso a paso, ocupando el principal foco de atención), el CORO DE PERIODISTAS irrumpen en escena.

CORO DE PERIODISTAS: Ha regresado. Ha regresado. Ha regresado el prior. Queremos saber. Queremos informar. Que hable el analista. Que hable. Que diga. Que opine. Que declare.

Corren hasta el ANALISTA. Lo cercan. Casi lo apresan, mientras los fotógrafos le disparan sus cámaras.

ANALISTA: Nada tengo que opinar. Las decisiones de Roma no me atañen. Estoy al margen de sus leyes.

REPORTERO: Pero los monjes no.

OTRO REPORTERO: ¿Es verdad que es ateo?

ANALISTA: Soy psicoanalista.

REPORTERO: No es católico.

ANALISTA: Soy psicoanalista.

REPORTERO: ¿Puede un no católico entender problemas de monjes?

ANALISTA: Los problemas de los monjes son problemas humanos.

REPORTERO: Problemas de fe.

ANALISTA: Problemas humanos con expresión religiosa. Problemas de amor y de odio. [Señalando a los distintos reporteros] Como los suyos, como los suyos, como los suyos...

REPORTERO: ¿Por qué prohíbe Roma el psicoanálisis?

ANALISTA: No me interesan las prohibiciones de Roma.

REPORTERO: ¿Porque destruye la vocación?

OTRO REPORTERO: ¿Porque libera el sexo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que usted está vaciando el monasterio?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que tolera el homosexualismo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que envía a los monjes al prostíbulo?

OTRO REPORTERO: ¿Es cierto que les combate su fe?

ANALISTA: Les hago abrir los ojos. Los enfrento a ellos mismos.

REPORTERO: Les impone una visión materialista.

OTRO REPORTERO: Ha reemplazado su fe en Dios por una fe romántica en el hombre.

ANALISTA: El que no tiene fe en el hombre, no puede tener fe en ningún dios.

REPORTERO: Usted no tiene Dios.

ANALISTA: Me basta con el hombre. Con el hombre que rebasa infinitamente al hombre cuando logra sacudirse los fantasmas y liberarse de sus demonios. Yo no creo en la divinidad de Cristo, pero soy más cristiano que usted y que aquéllos.

El ANALISTA señala hacia el CORO DE CATÓLICOS. Los periodistas corren hacia ellos, disparando cámaras.

CORO DE CATÓLICOS: No lo interroguen. Es un demonio. Es un ateo. Es un marxista. Acabará con ustedes como acabó con el prior. Destruyó a los monjes. Sopló sobre ellos la vieja tentación de la Biblia: seréis como dioses, seréis como dioses. Les dio a probar la fruta del árbol prohibido. La ciencia del mal. Exaltó su orgullo. Despertó sus bajos instintos. Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. Silencio. Silencio. Es tema prohibido.

CORO DE PERIODISTAS: Queremos saber.

CORO DE CATÓLICOS: Ya se sabe demasiado.

CORO DE PERIODISTAS: Nada se sabe aún sobre la decisión de Roma.

CORO DE CATÓLICOS: Jamás publicará Roma toda la verdad. La mantiene en secreto. La guarda bajo llave.

CORO DE PERIODISTAS: Todos saben que ha prohibido el psicoanálisis.

CORO DE CATÓLICOS: No es sólo el psicoanálisis. También lo que hay detrás del psicoanálisis. Y aún más. Y aún más. Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. Silencio. No publiquen nada. No escandalicen al pueblo. No interroguen al diablo.

Opuesto al CORO DE CATÓLICOS, ha entrado el CORO DE PSICOANALISTAS. Algunos reporteros y fotógrafos corren hacia él. El PRIOR continúa con su misa.

Cuarto tiempo

En la plataforma posterior del escenario, el PRIOR comparece ante los tres cardenales, sus jueces.

CARDENAL 1: Hoy, en la fiesta de San Venancio Mártir, obispo de Dalmacia que padeció en tiempo de Decio hacia el año 250 de nuestra era cristiana, la comisión cardenalicia nombrada por nuestro Santo Padre para juzgar el caso del prior del monasterio, emite su veredicto.

CARDENAL 2: Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3: Bajo pena de suspensión *a divinis ipso facto*, el prior no deberá sostener, en público ni en privado, la teoría y la práctica sicoanalítica que él mismo reconoce como un sicoanálisis propiamente dicho, en sentido estricto.

CARDENAL 1: El prior no deberá exigir, ni siquiera sugerir a los candidatos a la vida monástica, una formación sicoanalítica.

CARDENAL 2: El prior deberá utilizar el sentido propio de los términos y mostrar la mayor prudencia en el enunciado de los principios morales y teológicos.

CARDENAL 3: Por haber regresado al monasterio a pesar de la prohibición de la congregación de religiosos, el prior deberá purgar la pena simbólica de ocho días de suspensión *a divinis ipso facto*, con ejercicios espirituales, en la abadía de San Jerónimo.

CARDENAL 2: Justicia y caridad para el hermano.

CARDENAL 3: Vete hijo mío, y no peques más.

Los cardenales se retiran. El PRIOR permanece en el estrado, convertido en la abadía. Entra en oración.

PRIOR: Jesús, ya no sé qué hacer. Treinta años he vivido en lo alto de mi sicomoro, de mi montaña, de mi monasterio, porque creía que vivía en tu casa. Y entonces toda esta multitud sólo tenía elogios para mí. Pero ahora, cuando creo escuchar tu voz que me invita a descender, cuando quiero ir a vivir a mi casa, porque me dices que quieres quedarte conmigo, me rodea un inmenso murmullo de reprobación y no sé qué hacer. Dime dónde quieres que viva, Jesús: ¿en tu casa o en mi casa?... Y tú al fin me respondes ahora: Zaqueo, ya te lo dije, hoy debo quedarme contigo. Te lo repito, Zaqueo: en tu casa... Sí. Empiezo a comprender. Comprendo ya. Tú no tienes casa aquí, sobre la tierra. Sólo tienes las casas de los hombres. Poco te interesa cómo es mi casa: que sea la de abajo o la de arriba, en medio de la muchedumbre o lejos de la multitud, allá donde se canta o donde se calla, allá donde hay niños o ahí donde sólo hay un padre. Poco te importa todo eso. Sólo una cosa te importa, Jesús, que sea mi casa: la casa donde yo pueda crecer, la casa donde pueda florecer, la casa donde pueda ser más yo mismo, la casa donde pueda vivir. A mí me toca ver si para eso tengo necesidad de vivir abajo o arriba, en medio de la multitud o lejos de ella, allá donde se canta o donde se calla, allá donde hay niños o ahí donde sólo hay un padre. Debo escoger bien mi casa, porque también será la tuya. Porque tú eres el hijo del hombre y tienes tu casa en todas las casas de los hijos del hombre... Pero si canto en todos los tonos, en los ocho tonos gregorianos, de la mañana a la noche, desde

vigilias hasta completas: ¡ésta es la casa del Señor!, ¡ésta es la casa del Señor!, y yo no estoy ahí, si mi espíritu se halla en otra parte, si pasea por la casa de mi prójimo envidiando su lecho y su mujer, su pan y su vino, su trabajo y su descanso, entonces me equivoco, no estoy en la casa del Señor, estoy en una cueva de ladrones. Si en la casa en que habito me atrevo a escribir: casa de Dios, monasterio, y me imagino que automáticamente entras en mi casa y te quedas conmigo, Jesús, me equivoco: los demonios también escribieron sobre su casa: casa de Dios, y tú nunca te engañas... Sí, bajaré pronto del sicomoro porque hoy vas a quedarte conmigo. Bajaré de las nubes a donde me lleva la imaginación, bajaré del cielo en donde pretendo volar sin alas de pájaro, bajaré de la nada donde me refugio para no tener que vivir mi vida. Bajo ya, Jesús... Tú no eres un loco, tú no vuelas como los pájaros ni anidas en los sicomoros; tú eres todo y ese todo no deja lugar donde puedas refugiarte para no vivir tu vida. Tienes los dos pies sobre la tierra, Jesús. Y yo pondré mis huellas en tus huellas y me dejaré conducir a tu casa. Ya la conozco, es la mía, es mi propia casa.

El PRIOR desciende de la plataforma y regresa a la parte baja del escenario donde se han vuelto a distribuir, como en el primer acto, las áreas y las celdas del monasterio. Nadie las ocupa cuando el PRIOR realiza por ellas su recorrido. Ahí lo encuentra el ANALISTA, con quien el PRIOR dialoga sin interrumpir su recorrido.

ANALISTA: Nuestro show ha terminado, padre. Llegó el momento de levantar la carpa y salir de aquí... Ellos terminaron vendiendo. Lo llegué a presentir pero aún tenía esperanza de que ocurriera algo inesperado, un hecho providencial de esos en los que usted cree. Pero no, lógico, nada ocurrió. Han cortado de tajo nuestra hermosa experiencia... ¡Éste es el fracaso total! PRIOR: [quien hasta ahora proseguía el recorrido, sin prestarle atención] Desde muy joven yo solía decir que en los hombres, en las almas, el fracaso es como el invierno sobre los campos, prepara siempre una nueva primavera.

ANALISTA: No veo qué primavera pueda suceder a esa sentencia. ¿La primavera es la suspensión *a divinis ipso facto*?

PRIOR: ¡Latinajos!... Nadie puede renunciar a sus principios ni a sus convicciones porque traicionaría a la verdad... Y es mi verdad la que me obliga a seguir adelante.

ANALISTA: Entonces: ¿suspensión automática de todos sus derechos como clérigo! Excomunión quizá... No, no creo que eso pudiera soportarlo usted. Aún sigue prendido al cordón umbilical de su madre Iglesia. Para romperlo...

PRIOR: [interrumpiendo] ¡No se trata de romper! ¡La herejía no cabe en un hombre como yo!... Se trata de superar ciertas fórmulas accidentales de nuestro tiempo, y encontrar nuevas fórmulas que nos permitan actuar conforme al Espíritu... Obedecer la médula del mandato, no su cáscara. Ser fieles al llamado ecuménico del Papa bueno.

ANALISTA: Quien no está conmigo está contra mí, dijo Cristo.

PRIOR: Para seguir con él, con él y con su Iglesia, debo sostenerme firme en mis principios... Ahora todo está claro para



mí, completamente claro. No se llega a la solución de una nueva fórmula aplicando sistemas antiguos... Se nos ha dicho: cristianos: dialoguen con todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las razas, de todos los credos. Ahora yo digo: hermanos, amigos, monjes, no dialoguemos simplemente con palabras: vivamos en diálogo con todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los credos... [Se vuelve para mirar las celdas. Actúa en ellas conforme a lo que dice] Ésa será la vida de mi casa... ¡Fuera hábitos!, ¡fuera imágenes!, ¡fuera cánticos!, ¡fuera costumbres!... Mi casa no tendrá título alguno... Cristo vendrá a hospedarse en ella y Cristo no necesita de cristos... Abramos las puertas a los hijos de todos los hombres porque el hijo de todos los hombres ha llamado a nuestra casa... [Corre por todo el escenario buscando a los Monjes] ¡Hermanos!... ¡hermanos!, ¡hermanos!, he regresado ya... Les traigo una buena noticia. ¡Cristo resucitado viene para hospedarse aquí!... ¡Hermanos!

ANALISTA: Tal vez se han ido todos. Probablemente adivinaron o conocían ya sus intenciones y les faltó valor para dar con usted un salto tan grande.

PRIOR: No es posible... [Gritando] ¡Hermanos!, ¡hermanos!, ¡hijos!

ANALISTA: Eso sí que lo echaría todo a perder, ¿no es verdad? Sin ellos, usted y yo, haríamos un papel estúpido. Usted, sobre todo. Yo me regreso a mi mundo y tarde o temprano terminaré olvidando la aventura... Lo que pierdo es, después de todo, menos de lo que pierde usted.

El PRIOR sigue buscando en las celdas. Recorre todo el escenario.

ANALISTA: Son ellos los que le dan la fuerza.

PRIOR: ¡Ellos la reciben de mí!... ¡No necesito de nadie! Yo solo construí esta casa y yo solo puedo volver a levantarla desde sus cimientos.

Al fin, al fondo del escenario, se perfila en la penumbra el CORO DE MONJES. Permanece atrás.

PRIOR: ¡Ahí están!... Hermanos...

El PRIOR avanza hacia ellos, pero muy pronto se detiene en seco, a medio camino.

ANALISTA: ¿Por qué vacila? ¿Teme ahora que no estén de acuerdo con una decisión que usted tomó sin consultarla con ellos?

PRIOR: [al ANALISTA] A nadie le exigiré nada... [Avanza al fin, con decisión] Hermanos. Hermanos, hijos míos... [Los mira a todos largamente] A nadie le exigiré que me siga. A nadie le exigiré que renuncie a sus votos... Son libres para actuar como mejor les dicte su conciencia. Yo les he dado la libertad. ANALISTA: [aproximándose al PRIOR] Recuerde que aún le llaman padre.

PRIOR: Muchos otros también me llamaban padre, y se fueron.

ANALISTA: Probablemente a éstos les ha faltado valor.

PRIOR: Para seguirme es para lo que se necesita valor.

ANALISTA: No cuando la voluntad se ha puesto en manos ajenas. En las de usted o en las mías, es lo mismo.

PRIOR: ¡Miente, son libres! ¡El análisis los ha hecho libres!

ANALISTA: Olvide el orgullo y acepte su propia responsabilidad. Acepte la obligación de decidir por ellos. Es lo que ellos están aguardando de usted.

PRIOR: De nada habrían servido entonces estos años.

ANALISTA: Porque han servido es por lo que usted debe tomar la decisión. No se aflija. En realidad ya lo hizo.

PRIOR: [trata de hablar, le faltan las palabras] Hermanos... hermanos, les traigo una buena noticia...

ANALISTA: Están con usted. Van a seguirlo.

Los monjes avanzan hacia el PRIOR. Visten sin el hábito, a excepción de tres que permanecen inmóviles y salen luego del escenario.

PRIOR: No todos.

ANALISTA: Es mejor así. De ese modo puede aceptar con mayor humildad la soberbia.

Conmovido ante los monjes, el PRIOR abre sus brazos y hace ademanes de estrecharlos. En voz baja habla con ellos, alegre, mientras el ANALISTA desaparece. Se congregan en torno al escritorio-altar y allí continúan conversando animadamente durante toda la siguiente escena. Permanecen ajenos al CORO DE PERIODISTAS y al CORO DE CATÓLICOS.

CORO DE PERIODISTAS: El monasterio rompe con el Vaticano. El Prior funda una nueva orden. Los monjes renuncian a sus hábitos. Escándalo. Escándalo. El Prior se convierte en un laico. Desobedece para seguir obedeciendo. Cambia la Iglesia por el psicoanálisis. Noticia. Noticia. Escándalo. Escándalo.

CORO DE CATÓLICOS: El Prior no es Galileo. El Prior no es un iluminado. El Prior es un rebelde. El Prior es un hereje. El Prior es un apóstata, blasfemo, ¡miserable! ¡Que se diga toda la verdad!

REPORTERO DEL CORO: ¡Yo la sé! ¡Yo la sé!

CORO DE CATÓLICOS: Que hable el periodismo.

REPORTERO DEL CORO: El monasterio es un centro de depravación. Una cueva de enfermos sexuales.

CORO DE CATÓLICOS: Enfermos, herejes, traidores.

REPORTERO DEL CORO: El Prior los iniciaba en prácticas aberrantes y expulsaba a los indóciles.

CORO DE CATÓLICOS: Blasfemos, invertidos, apóstatas.

REPORTERO: Los obliga a lecturas pornográficas. Los embriaga. Los droga, los estafa.

CORO DE CATÓLICOS: Renegados, drogadictos, miserables.

REPORTERO: Todo está corrompido en la colina. No merecen sus lágrimas ni sus rezos. La Iglesia no ha perdido un apóstol, católicos; la Iglesia se ha librado de un loco.

CORO DE CATÓLICOS: Excomunió. Excomunió. Excomunió. Excomunió.

El grito del CORO DE CATÓLICOS, al que se une el CORO DE PERIODISTAS, resuena largamente como una artillería. Callan de golpe cuando entra a escena el OBISPO. Católicos y periodistas se miran entre sí, cuchichean con referencia al obispo a quien señalan, pero ante quien retroceden atemorizados. Salen finalmente, mientras el OBISPO avanza hacia el escritorio-altar. También los monjes salen.

OBISPO: Pudo haber evitado este escándalo, padre.

PRIOR: Yo no traje el escándalo.

OBISPO: Llamó a los buitres para que se arrojaran contra usted. Han llenado de lodo su casa.

PRIOR: Sólo di testimonio público de mi fe y de mi búsqueda.

OBISPO: Se vanaglorió de su rebeldía.

PRIOR: No me he rebelado contra Cristo, sigo con él por el nuevo camino al que me lanzó Roma. Algún día estaré sumamente agradecido con mis jueces y con mi tiempo por haberme

cerrado una puerta... Sólo en esa forma descubrí que junto a una puerta que se cierra, siempre hay otra que se puede abrir, sin necesidad de hacer explotar la casa.

OBISPO: Pensé que al menos lo consultaría conmigo, como antes, como cuando luchamos juntos en el Concilio... ¿Acaso tenía miedo de que le recomendara obediencia, sumisión?

PRIOR: ¿Eso me habría exigido?

OBISPO: Exigir, no. Sugerir, tal vez. Dialogar es la palabra... Yo no tengo derecho a juzgarlo.

PRIOR: Me juzga ya en su corazón, y me condena.

OBISPO: Comprenda, padre, ya no soy un hombre joven ni puedo cambiar fácilmente mis hábitos, mi estilo y mi manera toda de ser. Faltaría a mi conciencia si tratara de romper los esquemas mentales que me inculcaron desde pequeño y que me impiden abrirme por entero a conceptos tan nuevos como los que usted sostiene ahora... Emprendo un nuevo camino, dice, un nuevo camino que está dentro y fuera de la Iglesia al mismo tiempo, paradójicamente... No sé. No lo entiendo... No puede fácilmente comprenderlo un cura como yo. Pero eso no significa que niegue valor a sus teorías, que las deseche sólo porque me son ajenas, desconocidas, extrañas... Trato de ser justo. Trato de respetar su libertad y de buscar en sus intenciones al Espíritu que nos habla. Porque el Espíritu sopla donde lo tiene a bien. Y yo quisiera pensar que ha soplado sobre esta colina.

PRIOR: Me basta con que piense y se convenza de que actúo con absoluta sinceridad... Y dé por cierto que ninguna charla previa entre nosotros habría hecho variar mi decisión. No, no me olvidé en ningún momento de mi amigo el obispo. Es únicamente que esta aventura debo emprenderla solo, con mis hermanos.

OBISPO: Y con el Analista.

PRIOR: El Analista significa la soledad.

OBISPO: Podría significar el error.

PRIOR: También el triunfo.

OBISPO: Temo por usted, padre; oigo chillar a esos buitres y me aterro. Temo que la incomprensión de nuestros hermanos hacia esta experiencia nacida de buena fe, fruto de una búsqueda legítima, engendre en ustedes una confianza desmedida en algo que podría convertirse en un sustituto de la religión... Si así llegara ocurrir el mismo psicoanálisis, dentro de cualquier esfera religiosa, resultaría perjudicado. Lo está resultando ya, tal vez.

PRIOR: No lo creo. No comparto su opinión. Pienso todo lo contrario. Este encuentro entre la fe y el psicoanálisis fortalecerá a ambos, despejará muchas incógnitas, vencerá a los demonios que todos llevamos dentro y que nos impiden heredar el reino.

OBISPO: No olvide las palabras de Cristo, padre. El pasaje de Lucas... Cuando un espíritu impuro sale de un hombre recorre los lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo se dice: Volveré a la casa de donde salí. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, y vienen a ser

las postrimerías de aquel hombre, peores que sus principios... No quisiera que ese espíritu impuro que el psicoanálisis ha arrojado de usted, regresara con otros siete.

PRIOR: ¡Los arrojaríamos también! ¡Volveríamos a luchar y a comenzar desde el principio! Siempre.

OBISPO: Tenga cuidado.

PRIOR: Tengo coraje y fe. No necesito más para el camino.

El CORO DE MONJES reaparece, al fondo del escenario. El OBISPO sale lentamente. PRIOR y monjes quedan solos en el foro, mirándolo irse.

Oscuro final.

